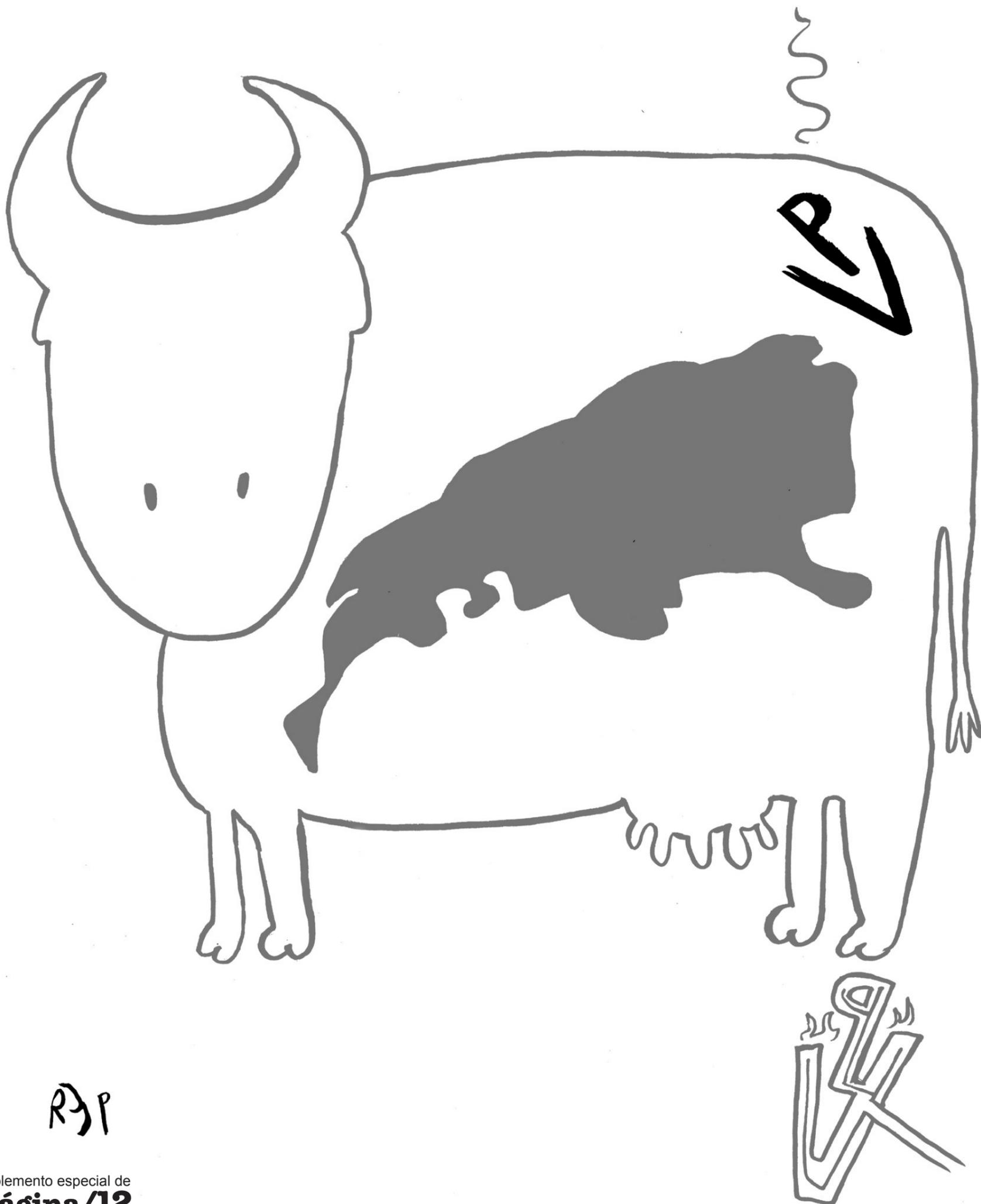


Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

19 "Sectarios y excluyentes"



R3P

“LOS TIBIOS ME DAN NÁUSEAS”

No hay ruptura entre *Mi mensaje* y las clases de Eva en la Escuela Superior Peronista, de las que sale, como ha sido dicho, su *Historia del peronismo*. Coincido con lo que Horacio González dice en uno de los varios textos que acompañan a la edición de *Mi mensaje* de la Editorial Futuro: “No se les puede atribuir a estos póstumos documentos el valor de un *giro jacobino y plebeyo*, pues pertenecen a la misma alma de un mito de salvación por parte de quien ha sabido recorrer los opuestos extremos de la fortuna social” (*Ibid.*, p. 67. Bastardillas mías). No en *La razón de mi vida*, texto en el que —al menos yo— noto la mano ajena, periodística, la mano que aquieta el fuego, que le pide calma al desmadre, del señor Penella Da Silva. Pero es en su *Historia del peronismo* donde, por ejemplo, Eva dice: “Los mediocres son los inventores de las palabras prudencia, exageración, ridiculidad y fanatismo. Toda idea nueva es exagerada. El hombre superior sabe, en cambio, qué fanático puede ser un sabio, un héroe, un santo o un genio, y por eso lo admira y también lo acepta y acepta el fanatismo”. Calma: sé que la palabra *fanatismo* tiene hoy referentes temibles. Uno dice *fanatismo* y ve caer las Torres Gemelas. Dice *fanatismo* y surge en su memoria el atentado a la AMIA. También —y no en menor medida— dice *fanatismo* y sabe que ése es el estado espiritual que anima al Presidente del Imperio Bélico-Comunicacional. Bush dice: “Dios está con nosotros”. Eso es fanatismo. Eso es lo que también dice Osama. Pero en el momento en que Eva habla nada de esto estaba dentro de las posibilidades de interpretación de esa palabra y —en caso de que lo estuviese, en caso de que remitiera a, supongamos, Torquemada o Hitler— lo que importa aquí es el sentido que ella le da. Para Eva ser fanático es entregarse por completo a una causa. Es una mujer desmedida. Dice: “Yo prefiero al enemigo de frente a un ‘tibio’, será porque los tibios me repugnan, y voy a decir aquí algo que está en las Escrituras: *Los tibios me dan náuseas*”. Eva hace un uso muy libre de las Escrituras, pero importa saber que lo que les atribuye es lo que ella quiere decir. En este sentido deben ser interpretados esos pasajes. Es, también, en la *Historia del peronismo* donde figura un notable pasaje sobre la escritura de la historia, que citaré completo: “Porque la historia ha sido escrita no para las masas, sino, en general, para los privilegiados de todos los tiempos. Y esto nos lo explicaremos muy fácilmente, porque cuando alguna vez la historia nos habla de esas luchas es solamente para mencionar la generosidad de algún filósofo, político o reformador, y por eso sabemos cuál era la triste condición en que vivían antes. Así es alabado Solón en Atenas, porque prohibió que los acreedores vendiesen a los deudores, y *por eso sabemos que antes de él los acreedores vendían a los deudores*. Pero no se habló de escarnio antes de Solón, porque lo que han querido en la historia es exaltar la generosidad de un hombre y no descubrir la situación de un pueblo”. No es posible poner en duda la autenticidad de *Mi mensaje* a la luz de estos textos de *Historia del peronismo*. Con todo, hay algo que en la *Historia* se da y se reduce mucho en *Mi mensaje*. Son los elogios a Perón. En *Historia* puede leerse algo tan extremo como: “Por eso, nosotros no tenemos más que a Perón; no vemos más que por los ojos de Perón; no sentimos más que por Perón y no hablamos más que por boca de Perón”. Frases así, pronunciadas en una Escuela de formación de cuadros, no podían sino dinamizar la obsesión de los dirigentes, el culto a la persona del líder. Hay otras: “Únicamente los genios como Perón no se equivocan nunca”. Pero el motivo sobre el que gira todo el discurso de Eva en estas charlas es el de la *ética peronista*, así la nombra ella. La ética la centra en la conducta de los cuadros auxiliares de conducción, si usamos el lenguaje de *conducción política*. Los cuadros auxiliares de la conducción, si se extravían, tornan ineficiente a la misma conducción, ya que sus indicaciones, sus órdenes, llegan deformadas al pueblo, o no llegan. El cuadro auxiliar que se corrompe arruina la dinámica del movimiento. ¿Qué es lo que corrompe a un cuadro auxiliar de conducción? Lo que corrompe a todos: *el dinero*. La búsqueda inescrupulosa del poder que va siempre acompañada por la acumulación inhumana de riquezas. Eso que hoy llamamos *corrupción* y que ya pareciera ser sinónimo de *política*, como si la política fuera algo que no puede funcionar sino dentro de un marco en que esa *calidad negativa del alma, de la condición humana* deba ser, con resignación, aceptada. “Todos afanan. No se puede hacer política si no se afana. O se afana o se compra a los otros. Para comprarlos hay que tener dinero y mucho. Para tenerlo, hay que afanar”, dice el político realista, el que se las sabe todas, el que sabe cómo funciona “la cosa”.

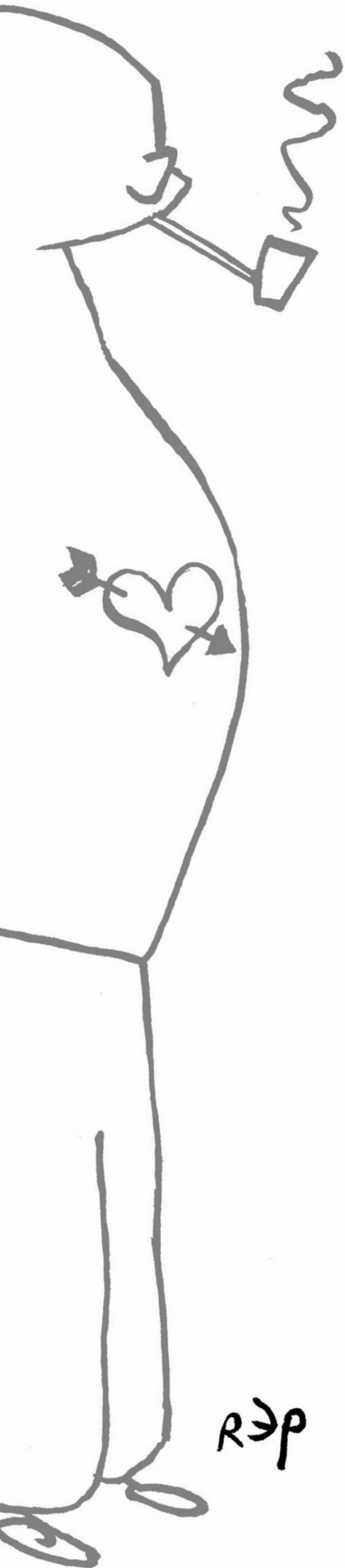
“LA PATRIA DE LA FELICIDAD”

El que se deja comprar lo hace por el mismo motivo: para cobrar el dinero de su *venta* y para, después, afanar desde el lugar de poder en que, primero, lo pongan, y desde el que, luego, empiece a trepar. De aquí que, para Eva, la *ética peronis-*

ta (y, en verdad, podríamos decir: *la ética política*) radica en ese preciso punto: no robar. Ella lo expresa así: “(Me) preocupa, sobre todo, que todavía haya peronistas que, por su afán de obtener privilegios, más bien parecen oligarcas que peronistas (...). Yo ya sé que la oligarquía (...) ya no volverá más al gobierno, pero ésa no es la que a mí me preocupa que pueda volver. *Lo que a mí me preocupa es que pueda retornar en nosotros el espíritu oligarca* (...). Vamos a dar un ejemplo del espíritu oligarca, aunque ya he dado muchos: *El funcionario que se sirve de su cargo es oligarca*. No sirve al pueblo sino a su vanidad, a su orgullo, a su egoísmo y a su ambición”. En cuanto a la cuestión del capitalismo, la *Historia* termina con otra de esas frases anticapitalistas usuales en Eva. Por eso digo que de nada vale seguir insistiendo con el discurso de Perón en la Bolsa de Comercio. Que hay otros —y son muchos, ya de Perón, ya de Evita— que expresan una opción anticapitalista. Hay que remitirse, pues, a otros elementos, no a los discursos, los cuales, no obstante, tienen mucha importancia, porque hay cosas que se dicen y hay cosas que no. Evita, en los textos finales de su *Historia del peronismo*, dice: “¿Por qué Perón y el pueblo argentino decidieron unirse para tomar el gobierno de la Nación? Para librarse del imperialismo y del fraude (...), para lograr sus justas reivindicaciones, pero también para librarse de la oligarquía, del imperialismo y de los monopolios internacionales (...). El peronismo no puede confundirse con el capitalismo, con el que no tiene ningún punto de contacto. Eso es lo que vio Perón desde el primer momento. Toda su lucha se puede reducir a esto: en el campo social, lucha contra la explotación capitalista”. Notemos que Eva acota la lucha contra “la explotación capitalista” al campo social. El texto es impecablemente peronista. Pese a impresionar con su fraseología dice lo que el peronismo hizo y no va más allá: 1) librarse del imperialismo y el fraude significa la superación de los gobiernos conservadores y lo que la consigna Braden o Perón explicitó desde un comienzo: una relación de conflicto con Estados Unidos; 2) librarse de la oligarquía: derrotarla políticamente y deteriorarla en lo económico. No hay algo que se acerque a un replanteo de la tenencia de la tierra. Evita podría decir: “Digo lo que podemos decir ahora, y eso hemos hecho. Si avanzamos, se podrá decir más”; 3) la lucha contra los monopolios estaba expresada en la nacionalización de la economía que ese primer peronismo llevaba a cabo; 4) la lucha contra el capitalismo en el campo social era la conquista más exitosa del régimen. De aquí que se acote a lo social. La lucha contra el capitalismo en lo económico era más dura. Desde el punto de vista de Evita se podría decir que debilitar al capitalismo en lo social era debilitarlo en lo económico. Desde otro punto de vista sería legítimo averiguar *hasta dónde* se pensaba llegar. Es decir, si el anticapitalismo peronista implicaba una *expropiación* del poder económico de la oligarquía. Aun cuando fuere a largo plazo.

Los signos que arroja Eva, tanto en *Historia del peronismo* como en *Mi mensaje*, no son claros. Nunca el peronismo se ha caracterizado por su precisión ideológica. Me refiero a esto: si bien acabamos de ver textos de considerable dureza es posible encontrar, a la vez, algunos que dan una idea exacta de ese obrero peronista que se conforma con la vida simple, con las necesidades básicas satisfechas y un gobierno que atienda a sus intereses. Uno sabe, hoy, que ése sería el sueño dorado de una sociedad como la Argentina, que el siglo XXI se define por ser la negación de la patria para los humildes que caracterizó al primer peronismo. Pero no podemos sino plantear otra vez lo siguiente: ¿qué clase de proletariado constituyó el peronismo? Y es doblemente importante si encontramos esa expresión en los textos de Eva, la figura dura, jacobino-plebeya del movimiento. Creo que el texto que me propongo citar revela muchas cosas. El alcance de la rebelión (uso, con cautela, esta palabra) peronista, la ternura de Eva por los suyos y las realizaciones que se lograron y que, a la luz de los días que vivimos, son algo así como eso que Daniel Santoro llama *la patria de la felicidad*. Veamos: “Los argentinos, en esta hora incierta de la humanidad, tenemos el privilegio de soñar con un futuro mejor”. En seguida añade que ese privilegio se le debe a Perón: en *Historia* no son escasos los reconocimientos, algunos desmedidos, a Perón. Sigue Eva: “¿Quién en el mundo puede soñar? ¿Qué pueblo en el mundo, en este momento, puede soñar un futuro mejor? El mañana se le presenta incierto. Y aquí los argentinos están pensando en su casita, en sus hijos, en que se van a comprar esto o aquello, en que van a ir a veranear. Es que el nuestro es un pueblo feliz”. No parece el texto de una jacobina. ¿Hasta dónde llegan los sueños? Esta es la cuestión. Lo que dice Eva es que el privilegio del pueblo argentino es soñar con un futuro mejor. ¿Cuál es ese futuro? 1) La casita propia; 2) los hijos; 3) comprar esto o aquello; 4) ir a veranear. Concluye, así, que “el nuestro es un pueblo feliz”. Si a uno —en el desdichado, canalesco mundo en que vivimos, si en este jolgorio de la riqueza obscena y de la marginación, la exclusión, el hambre, la





mortalidad infantil— le dibujan la sociedad que ha dibujado Eva, ¿qué puede sentir, cómo puede recibir un discurso de algo que alguna vez fue y hoy es imposible, es una utopía inalcanzable que ni figura en los planes de quienes llevan adelante las cuestiones esenciales de este mundo? Sólo puede sufrir o deprimirse o llorar lágrimas de amargura y de bronca por lo que alguna vez tuvo este pueblo (y los pueblos en general, porque son todos los que, de una u otra manera, han sido sumergidos con el triunfo del neoliberalismo) y lo que tendrá que luchar para recuperar *algo* de eso que tuvo. Pero no podemos limitarnos a ver y estudiar el primer peronismo desde el abismo social del presente. Desde un mundo que es consecuencia de la derrota de todos los esfuerzos de los que buscaron algo mejor, desde un capitalismo humanitario hasta la sociedad sin clases del socialismo. Desde un mundo en que la conflictividad histórica se ha resuelto en favor de una derecha bélica, despiadada, que acecha con miles de trampas, de recursos de intimidación (cualquiera en cualquier parte puede ya ser acusado de terrorista, o de favorecerlos, o de simpatizar con ellos o de ceder su territorio para formarlos) que conllevan todos al fortalecimiento de la economía de mercado. Se aproxima, creo, un simposio de ideólogos de este capitalismo de la creciente asincronía en la distribución de la riqueza. Ya he visto (hemos visto todos, posiblemente) las fotos del eterno Vargas Llosa, el gran propagandista de este sistema de creación doble: de ricos y de pobres. Ya se verá quiénes adhieren a él. Si adhiere el señor Macri, cosa casi segura, sería interesante que vieran tantos progres a quién votaron el año pasado. El hombre es coherente: nunca mintió. Si no mintió, entonces los que lo votaron lo hicieron por Vargas Llosa y las corporaciones multinacionales. Ahora hay tantos que lloran por los talleres culturales que Macri desarma. No lo admitirán: pero muchos de esos lo votaron. Y bueno, por ahí querían eso. Lo que ahora tienen. Y recién empieza.

LAS SUPERGANANCIAS AGRARIAS

Mejor volvamos a Eva. Nosotros estamos en 1951. El panorama era otro. La Argentina, también. Creo que el texto que cité marca hasta dónde el peronismo quería llegar. No quería darles el poder a los obreros. No quería reformar el régimen de tenencia de la tierra. No quería expropiar a los patrones. Acaso —es una hipótesis— Eva pensara que habría de ser posible presionar y negociar y siempre habría de poderse obtener lo que los obreros necesitaban. Seamos claros: para que la clase obrera hiciera realidad los sueños que Evita planteó no era necesaria (en 1951) ninguna revolución. *Hoy sí*. Hoy, y no digo nada que no sepa cualquiera, para aumentar más allá de un 30% la participación de los obreros en la renta nacional, para que todos puedan educar a sus hijos, tener casa propia, comprar “esto y aquello” e “ir a veranear” *hay que hacer una revolución*. ¡El universo agrario le declara la guerra a este gobierno por unas retenciones! ¡Por unas retenciones! Imaginen si viene una Eva Perón y les plantea que hay que poner plata para construir viviendas para los obreros. O para que tengan casa propia. O puedan ir a veranear. *¿Cuánto habría que retener de las superganancias agrarias para poder construir viviendas para los pobres y asegurarles la educación de sus hijos?* Hoy, esa medida sería considerada una simple y llana *expropiación*. Los diarios de la derecha perderían su rostro democrático y denunciarían un complot comunista que no demoraría en transformarse en apoyo a los planes del terrorismo internacional. No, señores: lo único que habría que hacer son casitas para los pobres. ¿No les sobra algo de guita para eso? ¿No pueden ganar un poco menos? Pedirle a un capitalista que gane menos es como pedirle a Jack el Destripador que deje de matar. Jack, en efecto, dejó de matar, pero desapareció. El capitalista (agrario, sobre todo) diría: si nosotros dejamos de ganar también. *No, no se les pide que dejen de ganar, se les pide que ganen menos*. Si ganan menos se podrían hacer las casitas que tanto amaba Eva haber dado a los suyos y las escuelas. Los propietarios de hoy, los poderosos señores de la Argentina, el verdadero poder de este país, diría: si nosotros ganamos menos las ganancias (que cedemos) se las queda el gobierno y no hace las casitas ni las escuelas. La plata, al final, se la queda la corrupción. Y es cierto: no es un argumento baladí. En suma, si hubiera una cesión de las superganancias para posibilitar planes de vivienda y educación para los carenciados, la utilización de esos fondos debiera ser controlada por entes o personas ajenos a cualquier gobierno. Se diría: el gobierno los compraría. Puede ser, pero así la cosa no tiene fin. Podríamos concluir que la creatura humana es detestable y dejar todo como está.

Volvemos: Eva plantea *educación, vivienda propia, veraneo, crianza eficaz de los hijos y comprar una que otra cosa, nunca nada insuficiente ni excesivo: lo necesario*. Ese es el *sueño peronista* en las palabras de Eva Perón. Que este país (en 1951) sueñe ese sueño le parece la más grande de las felicidades. Y en seguida la

desmesurada invocación a Perón: “Eso sólo bastaría para que todo el bronce y el mármol del mundo no nos alcanzara a los argentinos para erigir el monumento que le debemos al general Perón”. Eva, convengamos, solía desbordarse cuando se le daba por elogiar al general. Le brotaba todo el radioteatro que llevaba encima. (Hoy que, creo, andan a las vueltas con el monumento a Perón, recuerden la frase de Eva: no alcanzan ni todo el bronce ni el mármol del mundo. Ante la imposibilidad de semejante tarea acaso haya que desistir de la idea. ¿No son horribles los monumentos? El tipo queda ahí, petrificado en una pose o en un gesto. Como si sólo hubiese hecho *eso* en su vida. Condenado a la cosificación extrema. Pasa a ser un mero punto de referencia geográfico: “Te espero en el café que está frente al monumento a Florencio Porlenes”. O parte de un paisaje que ya nadie ve. Uno no “ve” un monumento. Sabe que está ahí. Y si lo “ve” no piensa en el tipo que está ahí enchapado. Si uno ve el monumento a Alberdi no piensa en Alberdi. Para mí, por ejemplo, Alberdi es una presencia *viva*. No es un cacho de fierro que adelanta una pierna, atrasa la otra y tiene una mano en gesto de “te estoy hablando”. Además, se sabe, está la cuestión cruel de las palomas. Que las palomas lo caguen a Roca me parece un acto de justicia histórica. Cagó a tantos Roca que es justo que las palomas ejerzan ese acto de venganza. Pero me duele verlo todo cagado a Alberdi, que no cagó a nadie. Y hasta a Sarmiento, que cagó a medio mundo pero fue un grande. Desde este punto de vista, acaso Perón se merezca el monumento. Habría que ver hasta qué punto las palomas lo respetan o no: sería un juicio histórico no desdeñable.)

El punto teórico central que tenemos que elucidar es: ¿llegaba hasta ahí (en 1951) el proyecto peronista? Insisto: no hay que juzgarlo desde hoy. Hay que analizarlo desde las posibilidades que tenía la sociedad argentina en 1951 y, sobre todo, analizar el tipo de obrero que fue el *obrero peronista que forjó*. El texto de Eva (y es más decisivo por ser ella la que representaba las exigencias “de máxima”, el ala jacobino-plebea del movimiento) define al peronismo como un movimiento que se propone negociar con el poder pero no tomarlo, no expropiarlo. Un movimiento capitalista humanitario y distribucionista. Y al obrero peronista como el feliz destinatario de esa negociación. *Se negociaba para la felicidad de los obreros*. Todo el fuego de Eva, toda su furia, toda su fraseología antioligárquica apuntaba a eso: el bienestar de la clase obrera, su dignificación, su respeto dentro de la sociedad capitalista. Seguridad en su trabajo, abogados, sindicatos, estatuto para los peones de campo, vacaciones, *felicidad*. “Es que el nuestro es un pueblo feliz”, dice.

Notemos cómo arma el razonamiento: pone dos polos, la Argentina y el resto de los pueblos. Nuestro pueblo puede soñar. Los otros viven en una “hora incierta de la humanidad”. Importa señalar que para conseguir esto (que, desde una perspectiva clasista, trotskista o marxista-leninista, sería totalmente precario, dado que el peronismo habría dejado en pie “todas las estructuras que habrían de voltearlo”) fueron necesarios enfrentamientos terribles que despertaron un odio feroz. Pocos gobiernos fueron tan odiados como el primer gobierno peronista. Ningún gobierno hizo más en beneficio de los humildes. De modo que si esa visión de Eva, que puede parecer bucólica, ingenua, poco jacobina, poco combativa, despertó los enfrentamientos, la sangre, los bombardeos y hasta determinó la proscripción del partido peronista y de su líder durante 18 años, ¿qué no habría despertado algo más combativo! Creo que sólo la dictadura militar de los 30.000 desaparecidos reveló a los argentinos que quieran verlo el verdadero odio de los sectores dominantes de este país. Ese odio siempre estuvo. Ese odio se condensó en la frase “Viva el cáncer”. Pero incluso ahí sólo mostró una de sus caras. Mostró una más real el 16 de junio de 1955, con los bombardeos. Eso costó hacerles casitas a los obreros, permitirles que educaran a sus hijos o que fueran a veranear o compraran algunas cosas. ¿Fue necesario entonces el aparato autoritario peronista? A Eva le decían “dictadora” sus enemigos de clase. Le decían de todo en las tertulias, desde ya. Sobre todo *yegua y puta*, palabras que surgían del infinito machismo de la sociedad argentina y del infinito machismo de las damas de la oligarquía. Y de su odio y de su resentimiento. Pero, ¿fue una dictadora? ¿Y si ella respondiera que tuvo que serlo para darles a los obreros lo que les dio, tan exagerado para la oligarquía, tan escaso para la izquierda no peronista? Para ilustrar esta cuestión voy a citarme de nuevo. Sé que algunos consideran muy inadecuado esto de citarse uno a sí mismo. No lo veo así. ¿Cuál es el problema? Si uno reescribe lo que ya escribió le dicen que se repite. Si lo cita le dicen que es un petulante autocomplaciente. Y bueno, si uno escribe buscando que lo quieran o que lo odien, se equivoca. Nunca va a dar en el clavo. Y va a escribir en exterioridad. Lo que está *más allá* de mi escritura es lo que la escribe, no el escritor. Uno nunca sabe si da en el clavo o no. Ante todo, porque no sabe dónde está ni

cuál es el clavo. Después, un escritor escribe para sí. Porque le gusta. Porque es su profesión. Lo que ama. Y hasta lo único o, al menos, lo mejor que sabe hacer en la vida. Luego viene lo demás. Pero si uno toma en serio eso que dicen que dijo García Márquez: “escribo para que me quieran”, ¡mejor que olvide escribir sobre el peronismo!

El texto es –una vez más– un fragmento del guión de *Eva Perón*. También tiene una función estética. Es el momento en que vamos al cine. Propongo verlo así: el ensayo se detiene, se apagan las luces y se proyecta el fragmento de una película. El tema, ahora, es la dialéctica entre revolución y autoritarismo. El peronismo siempre podrá decir: fuimos autoritarios para poder hacer lo que hicimos. Y siempre se le podrá responder: ¿era necesario ese autoritarismo sólo para ciertas reformas necesarias que no configuraban una revolución? ¿O el autoritarismo estuvo al servicio de la ambición de poder, del silenciamiento de los otros, de la pasión represiva? ¿Cuándo se justifica el autoritarismo? ¿O tal vez no se justifique nunca? Si se lo ejerce, ¿a qué causa deberá servir, a una mera reforma o a una revolución? Escuchemos:

EVITA Y COOKE: DICTADURA Y REVOLUCIÓN

(El tema alrededor del autoritarismo que se aprestan a tratar Evita y John William Cooke se desata a raíz del cierre del diario *La Prensa*. Evita arregla con Apold que se haga un pacto con los distribuidores y se consiga que éstos no distribuyan más ese diario. Pero hay que defender la medida en el Congreso de la Nación. Para eso lo convoca a Cooke –a quien Apold califica de “comunista”–. El 16 de marzo de 1951, Cooke realiza una exposición magistral acerca del poder de los medios en un país sometido a los poderes internos de la oligarquía y a los externos del imperialismo y, sobre todo, de sus empresas. Tomé el texto de un libro que el Sindicato de Luz y Fuerza habrá publicado alrededor de 1972. Su título: “*La Prensa*”: cien años contra el país. Se leyó impetuosamente en esos días. Yo lo voy a citar del guión de *Eva Perón*, en el que figura más extensamente que en el film: si se filmaba todo lo que dice Cooke en el guión publicado se iba media película. La publicación de ese guión no tuvo sólo una finalidad cinematográfica, para estudiantes de cine, sino también ideológica. Por este motivo el texto de Cooke se publicó con mayor desarrollo. Hoy contamos con una muy buena edición de Colihue: *John William Cooke: Obras completas*, Buenos Aires, 2007. La compilación es de Eduardo Luis Duhalde, el compañero de lucha y militancia de Rodolfo Ortega Peña, con el que escribió varios libros que publicó en la Editorial Sudestada. El primer tomo se centra en la acción parlamentaria de Cooke y el discurso en favor del cierre de *La Prensa* figura en la p. 397 del tomo I.

18. Interior Cámara de Diputados – Día

John William Cooke está en posesión de la palabra. Se lo ve apasionado, con algún sudor, gordo y excepcionalmente vital.

Cooke: El diario *La Prensa*, el diario de la United Press, de la Sociedad Rural, el diario de la vieja, obstinada y rencorosa oligarquía argentina ha impedido o demorado todas las reivindicaciones proletarias en América latina. Este es nuestro planteo, el único, el planteo revolucionario. No nos interesan las cuestiones gremiales. Nosotros con los nuestros, con la clase obrera, y *La Prensa* con los suyos: con sus aliados de adentro y de afuera del país. ¿Y quiénes son, señores, los aliados de *La Prensa*, quiénes son los que hoy se rasgan las vestiduras en nombre de la libertad de prensa? Son las grandes cadenas periodísticas, las agencias noticiosas capitalistas, ¡los diarios que están en manos de los propietarios de minas de cobre o de estaño, de las grandes plantaciones, de todas las compañías imperialistas con ramificaciones en América latina!

Murmullos en las distintas bancadas. Cooke sabe que su discurso es “fuerte”, pero se lo ve absolutamente

te convencido de lo que dice.

Cooke: La “prensa grande”, señores, la prensa poderosa está en el mundo de los trusts. Está en manos de unos pocos propietarios vinculados a las altas finanzas y a los grandes negocios. De este modo, señores, cuando ellos invocan y claman por la libertad de prensa, claman solamente por el derecho del imperialismo a acentuar la monstruosa desigualdad que existe entre países opresores y países oprimidos. Nosotros creemos, sí, en la libertad de prensa, en la libertad de la prensa independiente, de la equivocada y de la que está en la verdad, pero en lo que no creemos es en el derecho de las empresas mercantiles capitalistas para procurar que los resortes del Estado se pongan al servicio de sus intereses. Y no creo, señores, que la cadena Hearts sea una cadena de prensa libre o que la cadena Scripps Howard con sus 19 diarios y todas sus filiales constituya una expresión del pensamiento libre en materia periodística. ¡Es la libertad de ellos la que defienden cuando hablan de libertad de prensa! ¡La libertad de los monopolios! El diario *La Prensa*, señores, es apenas un secuaz nacional del mercantilismo capitalista, de los monopolios que nos oprimen. Por eso, señores, y para terminar, voy a ser absolutamente claro: nosotros estamos contra *La Prensa*. Sea cual sea la resolución legal del conflicto en nada variará esta cuestión: somos enemigos de *La Prensa* y *La Prensa* es nuestra enemiga. Nada más.

No se oye ningún aplauso. Cooke sabe que su discurso ha sido intolerable para sus enemigos y sabe, también, que los peronistas no se atreven a asumirlo.

Corte.

Evita cita a Cooke en su despacho de la Fundación. En broma le dice que es más comunista que Stalin. ¿No tendrá razón Apold? Luego le da las gracias. “Nadie lo hubiera hecho mejor.” Volvemos al guión.

Cooke (defendiendo la libertad que le permitió armar su discurso, sin la supervisión de nadie):

Para ser claro: no creo que sea bueno pedirles permiso todo el tiempo a los que mandan. Ni siquiera alguien como usted, señora, a quien yo respeto tanto.

Evita: Tenés una idea rara del respeto vos.

Cooke: A veces lo identifico con la desobediencia. Nunca con la sumisión.

Evita: Te va a ir mal en el peronismo entonces. Es un movimiento de adulones y alcahuetes. Y yo tengo mucho que ver en eso. Me revienta que no piensen como yo. (*Con alguna ironía.*) ¿No tendrán razón los contreras? ¿No seré una dictadora?

Cooke: Nuestros enemigos se llenan la boca con la palabra democracia, pero si nos llegan a derrocar... no creo que sean muy democráticos con nosotros.

Evita sonrío. Cooke continúa fumando, como si pensara cuidadosamente lo que está por decir.

Cooke: Señora, la noche que cenamos en el Pedemonte le dije que su amigo Apold y yo tenemos poco en común. Quiero dejar algo muy en claro sobre la cuestión de *La Prensa*. Apold y yo coincidimos en querer cerrar *La Prensa*. Pero Apold quiso hacerlo porque quiere que el peronismo sea una dictadura. Yo quiero que el peronismo sea una revolución. Ahora usted me pregunta si no será una dictadora, como dicen sus enemigos. Escúcheme bien, señora: si una dictadura es una revolución... se justifica. Si no es una revolución..., entonces es una dictadura y nada más. Apenas eso.

Evita lo mira. No responde. Cooke apaga su cigarrillo.

Primer plano de Evita: ha recibido hondamente la frase de Cooke.

“TENDRÍAN QUE MATARNOS A TODOS”

Se trata de la única escena del film que Evita no cierra con alguna frase suya. Cooke la deja en silencio. El planteo es rigurosamente marxista-leninista. Marx decía que su único aporte era el de la “dictadura del proletariado”. Lenin, en *El*

Estado y la revolución, dice que la *Comuna de París* fue la dictadura del proletariado en acción. Sobre esto insistirá Engels. Cooke es terminante: si usted está dispuesta a llegar hasta el final, a hacer una revolución, con todo lo que esto implica (un cambio en la tenencia de la tierra, sobre todo) se justifica la dictadura. Si no, la dictadura es sólo eso y queda en mano de los Apold.

Pareciera que en su último texto, cercana a morir, Evita entiende el planteo de Cooke. “Existen en el mundo (escribe) naciones explotadoras y naciones explotadas (...). Detrás de cada nación que someten los imperialismos hay un pueblo de esclavos, de hombres y mujeres explotados” (Eva Perón, *Ibid.*, p. 40). Recurre a citas de las Escrituras que modifica de acuerdo con lo que quiere expresar: “Ellos, que hablan de la dulzura y del amor, se olvidan que Cristo dijo: ‘Fuego he venido a traer sobre la tierra y qué más quiero si no que arda’” (*Ibid.*, p. 38).

Ataca a la oligarquía (además de las jerarquías eclesiásticas y las Fuerzas Armadas): “Es necesario que los hombres y mujeres del pueblo sean siempre sectarios y fanáticos y no se entreguen jamás a la oligarquía (...). Con ellos no nos entenderemos nunca, porque lo único que ellos quieren es lo único que nosotros no podremos darles jamás: nuestra libertad” (*Ibid.*, ps. 61/62). Y por fin este texto con tantas resonancias actuales: “El arma de los imperialismos es el hambre. Nosotros, los pueblos, sabemos lo que es morir de hambre. El talón de Aquiles del imperialismo son sus intereses. Donde esos intereses del imperialismo se llamen “petróleo” basta para vencerlo con echar una piedra en cada pozo. Donde se llame cobre o estaño basta con que se rompan las máquinas que los extraen de la tierra o que se crucen de brazos los obreros explotados. ¡No pueden vencernos! (...) Ya no podrán jamás arrebatarnos nuestra justicia, nuestra libertad, nuestra soberanía. Tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos y eso ya no podrán hacerlo jamás” (*Ibid.*, p. 42. Bastardillas mías). Moriría pocos días después. Sus funerales serían imponentes. El pueblo la lloraría con una devoción que nadie, hombre o mujer, convocó en este país. Más allá del “circo” y del “show” con que la ópera rock califica sus funerales, más allá de la obsecuencia, de la grandiosidad fascistoide de esos hombres en camisa blanca arrastrando la cureña, el pueblo pobre sintió que le arrancaban algo entrañable de su alma. Que se les iba una defensora feroz de sus derechos. Que ahora les sería más sencillo a sus enemigos avasallarlos. Que se quedaban solos.

Esa frase de Evita, tendrían que matarnos a uno por uno a todos los argentinos, se cumplió. No mataron a todos. Porque muchísimos, demasiados, fueron sus asociados civiles, sus cómplices o los que pasivamente aceptaron, ignoraron, festejaron el Mundial, se volvieron patriotas con Malvinas. Los que no quisieron saber aunque sabían: un ejercicio psicológico notable. Pero sí, Eva tenía razón: mataron a uno por uno. Vale decir, a todos los que pudieran expresar un proyecto diferenciado al de la oligarquía agraria, al de los grupos financieros, al de casta eclesiástica. Los mataron los militares. Uno a uno. Los buscaron. Buscaron a los milicianos y a todos los perejiles de superficie que habían soñado, basándose en la vieja utopía del primer peronismo y en la figura combativa de Eva Perón o de hombres como John William Cooke, y los hicieron desaparecer. Eva ni imaginó una catástrofe semejante. Conocía el odio oligárquico-militar. Pero nadie, ni ella ni nadie, imaginaba la amplitud, la furia vengativa, castigadora y cruel de ese odio. “Todo es militar en este mundo nuestro (escribe). Yo no diría una sola palabra si las fuerzas armadas fuesen instrumentos fieles al pueblo. Pero no es así: casi siempre son carne de la oligarquía” (*Mi mensaje*, *Ibid.*, p. 46).

PRÓXIMO
DOMINGO

Ideología del
golpe de 1955

IV Domingo 30 de marzo de 2008